



POR VOS QUITO
LA VIDA

Encarnación Villar

POR VOS QUITO
LA VIDA



Primera edición: febrero de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Encarnación Villar

© Fotografía de portada: Delia Rubio Hidalgo

ISBN: 979-13-87612-60-3

ISBN digital: 979-13-87612-61-0

Depósito legal: M-4178-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A José Antonio Villar Mercado,
mi hermano mayor, el que abrió el camino.
Sin él ni habría pintado ni habría escrito.*

CAPÍTULO I

Siempre odié que el pelo me rozase la cara; por eso, un día juré que moriría con coleta. Diecinueve años después habría de acordarme de aquel juramento, del lugar en el que lo pronuncié y del paisaje que lo rodeaba. Sentada en el mirador de ventanas verdes, mi madre me peinaba y trataba de convencerme de que estaba más guapa con el pelo suelto, «como una cascada de color miel», decía. Yo contemplaba la loma de las setas, el cementerio, la casa de Mari Nieves, la de doña Marina, la carretera de los juncos que llevaba al río y comenzaba a sentir esa impaciencia que devora a los niños cuando les arrebatan minutos de sus juegos.

—¡Venga ya! ¡Ponme la goma y deja de cepillarme el pelo! ¡Si yo moriré con coleta! ¡Lo juro!

Después de diecinueve años, recordé aquel juramento y aquel paisaje que mi mente enterró durante tanto tiempo. Amnesia disociativa. Ese fue el diagnóstico: «Mecanismo psicológico de defensa por el que se separan de la conciencia aquellos recuerdos que pueden afectar la integridad psíquica de la persona y se produce una afectación del recuerdo autobiográfico que impacta en el dominio de la identidad personal». Al parecer, esta enfermedad suele estar provocada por una situación traumática y es debida, usualmente, a un recuerdo reprimido a largo plazo, como resultado de un trauma psicológico o emocional.

Eso fue lo que dijeron los especialistas, así como que no era bueno forzar los recuerdos. «No le creen tampoco mentiras piadosas ni le cuenten nada; lo que la mente borra, solo la mente sabe

cuándo lo puede devolver». Y lo había hecho ahora, justo cuando Ana reparó en el parecido y me acercó el periódico:

—¡Mira, Elena! ¡La primera chica muerta! ¡Pues no que he creído que eras tú!

Era la única foto que se filtró a la prensa del cadáver de una de las tres mujeres asesinadas en apenas tres meses en el Campo de Gibraltar. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, era castaña, tendría mi peso y mi estatura y, lo más extraño, se mordía la yema del dedo índice, en un gesto idéntico a la manía que yo tengo y que nunca logré superar. En su foto de muerta se parecía a mí.

Era consciente de que Ana me hablaba, de que me preguntaba si me encontraba bien, pero yo ya no estaba allí, en la sala de profesores del instituto donde trabajaba. Yo no quería dejar ni por un instante las ventanas verdes del mirador, la loma de las setas, el cementerio, la casa de Mari Nieves, la de doña Marina y la carretera de los juncos que llevaba al río; porque acababa de recobrar un pedazo del vacío arrebatado a la cadena de mi memoria. Así que salí inventando una excusa que no debió ser muy convincente.

Esquivé la calle Real buscando un atajo. El viento silbaba con fuerza en los recovecos de ventanas y puertas y el camino más corto por aquellas calles estrechas se me antojó un laberinto.

Llegué a mi casa sin aire, buscando un rincón donde esconderme. Acurrucada en el hueco que formaba el armario de mi cuarto con la esquina de la pared, abrazada a mis rodillas, reviví el recuerdo; pero... ¿qué había en la dirección contraria de la carretera? ¡La cantera de piedra donde trabajaba mi padre! Ahora cobraba sentido todo lo que me contó la noche previa a su muerte, porque es cierto que horas antes de morir hay quien experimenta, en su delirio, un vitalismo extraño, una locuacidad que hace soñar al cuidador que la muerte ya no ronda al paciente y que, por alguna benévola y misteriosa razón, se ha olvidado de él.

Mi padre me habló de su trabajo de guarda en una cantera que yo no situaba, pensé que se refería a un empleo que desempeñó antes de que yo naciera. Me habló de la estupidez del ingeniero al

que avisó de la mala ubicación de excavadoras y tractores en caso de tormenta; de cómo fue desoído su consejo y, unas semanas después, se los encontraron de barro hasta los volantes. Revivió cómo antes de declararse en quiebra, la empresa robó durante un año el salario de todos los trabajadores, amenazando con la pérdida de los derechos adquiridos si abandonaban sus puestos. Me habló de un primer juicio ganado en la capital, pero la empresa, Hidráulica del Estado o algo así, no pagaba; y de un segundo juicio, que llegó al Tribunal Supremo. Muchos obreros tuvieron que pedir el dinero prestado para ir a Madrid, pero en un cartel, en la puerta de la sala del juzgado donde debía celebrarse el juicio, rezaba: «Se suspende hasta nueva orden».

—¡Ni un derecho! Esa era la justicia del franquismo para el obrero. Hasta nueva orden —repetía—. Y me voy sin verla. Pero me voy contento, hija, porque tú no vas a depender de ellos.

Se iba contento porque yo había terminado la carrera y había aprobado las oposiciones, estudiando tirada en los pasillos del hospital, donde mi padre recibía los tratamientos de quimioterapia para la leucemia que le habían diagnosticado en mi último año de Universidad. Se iba contento porque yo había competido con más de mil personas por una de las veintiocho plazas que se ofertaban ese año en Andalucía para profesores de Lengua y Literatura en Secundaria y lo había conseguido. No solo por él, para mí se había convertido en una cuestión de vida o muerte. Si no aprobaba, mi destino era volver al pueblo y vivir con mi madre, una mujer que no pudo afrontar la responsabilidad que le correspondía. Su reacción, la primera vez que vimos a mi padre débil y vulnerable, fue extraña; como si hubiese somatizado el dolor a través del miedo. Comenzó a alegar miles de achaques y enfermedades que terminó por creerse. Ella, con apenas cincuenta y cinco años, no podía acompañarlo en el autobús porque los traqueteos hacían insoportables sus dolores de huesos. Comenzó incluso a usar un bastón para confirmar su imaginaria debilidad ósea y a ingerir pastillas que corroboraban sus infinitas dolencias. Y mientras mi padre se

engrandecía luchando contra el cáncer, afrontando como un héroe clásico la muerte que le rondaba tras cada TAC o analítica, mi madre se empequeñecía a mis ojos, con cada manipulación, con cada nueva dolencia acompañada de una pastilla de color diferente. Y cuando más atención reclamaba ella, en una de las revisiones rutinarias, se terminó la prórroga que la muerte le había otorgado a él. Fue como en el romance anónimo del enamorado que consigue una hora más de vida para despedirse de su amada y que fallece cuando la cinta de seda que ella le lanza para que ascienda hasta su alcoba se rompe. A mi padre, la muerte lo esperó justo hasta el mes en que fue publicado en el Boletín Oficial de la Junta de Andalucía el listado con mi nombre y el de los veintisiete restantes opositores que habíamos conseguido la plaza. Él se había ido contento, orgulloso de mí y de la meta alcanzada, pero yo estaba muy lejos de compartir ese orgullo.

El paréntesis en mi memoria no vino solo, lo hizo acompañando de pesadillas extrañas de las que despertaba cuando ya había mojado la cama. Y a la sensación de vacío se unía la de vergüenza; la misma que me impidió ir a los viajes universitarios que exigían la pernocta, la misma que me hacía encontrar excusas verosímiles cada vez que una amiga me invitaba a dormir a su casa y que me hizo gastar inútilmente, en terapeutas, el dinero de las becas, ahorrado a duras penas.

«¡Verás como antes o después aparecerán imágenes retrospectivas de los cinco años que no recuerdas! —me había dicho el último de los psiquiatras de Granada—. Pero puede que no sepas si el contenido es real». También fue el único que me alertó del peligro: «Cuando la amnesia remite y el individuo recuerda lo ocurrido de manera súbita, aumenta el riesgo de suicidio».

Entonces, entendí por qué mi madre y mi padre siempre se habían negado a contestar a mis preguntas; la razón que hizo que me ocultasen cualquier detalle u objeto relacionado con aquel periodo. Nunca vi mi foto de comunión, aunque rebuscando hallé en el trasfondo de un baúl el vestido que debí llevar, ni ninguna otra

fotografía de los cinco a los nueve años, tampoco vi las notas del colegio, ni las libretas. Lo que logré sacar en claro de los interrogatorios a los que sometía a mi madre fue que la cicatriz que dejó una terrible quemadura en mi costado y en mi muslo izquierdo, se debió a un accidente de coche que me causó, según los médicos, una fractura en el cráneo que propagó daños al resto del cerebro, haciendo que olvidase parte del pasado. Y que ese tipo de traumatismo, de los más graves, puede llegar a destruir los recuerdos para siempre.

—Este es tu caso. Así que no lo intentes —me insistía mi madre.

Pero jamás me lo terminé de creer. Algo me decía que no, que lo olvidado estaba en mi interior, agazapado; y que el acceso a esos recuerdos estaba sellado. Había leído lo suficiente como para saber que el inconsciente, en un afán de protegernos frente a situaciones traumáticas, nos bloquea para evitarnos el sufrimiento diario de revivir un dolor que no pudimos asumir en su momento y que, debido a su gravedad, nos superaría. Aunque el psicoanálisis defiende que las experiencias reprimidas no quedan en estado latente, sino que pueden ser revividas a través de sueños y pesadillas, de miedos irracionales y de fobias que paralizan.

Y yo, mejor que nadie, sabía que el no recordar no había eliminado en mí el efecto negativo de lo que fuese que me sucedió. Sentía en mi cuerpo y en mi alma su peso, cuando instintivamente reaccionaba ante un roce o un intento de caricia en la piel cicatrizada, como si se me acercase un hierro candente. Una simple llama de mechero me hacía temblar. Jamás he encendido una cerilla y, lo que más me avergonzaba, las pesadillas que rara era la noche que no me hacían mojar la cama como un bebé. «¡Verás cómo antes o después, aparecerán imágenes retrospectivas de los años que no recuerdas!». Y hoy habían vuelto, acompañadas de un fogonazo de luz que casi me hace arder la cabeza de dolor. Y habían vuelto justo cuando vi la foto de aquella pobre chica muerta. ¡Qué extraña coincidencia que se pareciese tanto a mí!

CAPÍTULO II

Me gusta el verano porque no hay escuela. Los días son más largos y puedo jugar sin prisa. A mí no me importa eso que dice mi madre de que el aire quema la piel o las calles están sin sombra. Del verano me sobra la hora y media de la siesta, con las plazas vacías, las ventanas cerradas y las cortinas echadas.

Las mañanas de verano en Larvedo son frescas y hermosas, aunque mi madre me mande a hacer los recados que tanto odio. Bueno, menos ir a por el pan, porque la panadería está justo enfrente de la casa de Mari Nieves y es fácil que vea a su hermano, que es guapísimo, jugando en la puerta. Hoy no ha habido suerte, pero regreso feliz porque una novedad ha roto la rutina.

—Ha venido un sargento nuevo al cuartel. Lo estaban comentando en la panadería porque la mujer ha ido a comprar el pan con su hija y yo me las he cruzado. Cuando llegaba, ellas salían. Han dicho que la hija tiene siete años y que se llama Victoria. Tiene un flequillo largo y algo raro en un ojo, como si la piel la tuviese quemada o algo así, ¿sabes? Yo solo me he dado cuenta del flequillo, pero lo otro lo estaban contando. ¡Seguro que vendrá a nuestra clase! ¡Voy a contárselo a Angelita y ahora vengo!

—¡Que no, Elena, que tu padre está al caer!

—¡Que no tardo, lo juro!

—¡Otro día que se libra de poner la mesa!

Bajo corriendo las escaleras de mi casa, atravieso el umbral y ya en la calle no controlo el deseo de fundirme con el aire. Soy feliz cuando corro. Y siempre que lo hago tengo deseos de volar.

Extiendo los brazos como si planeando tuviese la opción de despegarme del suelo. Soy flaca, muy flaca. En la escuela me llaman *fideo*. Me molesta, pero no tanto como a Victoria cuando, al mes de llegar al pueblo, se enteró que la llamaban *ojo parche*. Ese día juró y requetejuró que se vengaría cuando descubriese quién se lo había puesto. Yo no quise mirar a Angelita por si el cruce de miradas nos delataba, porque, aunque sin intención, había sido ella la que propició el apodo, cuando en uno de los primeros días de clase se le escapó que parecía que alrededor del ojo tuviese un parche como los que su madre les ponía a las ruedas de la bicicleta.

La piel de la frente también estaba quemada, por eso, siempre llevaba flequillo. A pesar de la quemadura, yo la veía muy guapa. Era morena de pelo y de piel, nariz pequeña y labios grandes, el óvalo de su rostro era perfecto, así como las proporciones de su cuerpo. Aunque estaba más delgada que Angelita, por supuesto, no lo estaba tanto como yo. Y lo más importante, era tan lista y segura de sí misma que ejercía un poder extraño sobre mí. Lo único que no le envidiaba era la quemadura, y no tanto por la piel, sino por el flequillo. Yo no los he soportado nunca.

*

—¿Sabes lo qué es la regla?

—¿La regla? ¿Lo de medir, dices?

Victoria me mira con la superioridad que esgrime el fuerte ante el débil, con esa leve sonrisa en la que solo se eleva una de las comisuras del labio.

—¡No! ¿Y también creerás en los Reyes Magos y en la cigüeña?
—añadió con un tono despectivo.

De repente, me sentí tonta. No hacía mucho que había descubierto que los Reyes no existían, que eran los padres, y la verdad que aquello me alegró, porque yo no podía entender que hubiese unos Reyes que nos trajeran juguetes a los niños de los países desarrollados o en vías de desarrollo, como decían en el colegio que

era España, y que esos mismos Reyes permitieran que los niños de África murieran de hambre y comidos de moscas, con las barrigas hinchadas y las extremidades más flacas que las mías, tanto que parecían prolongarse más allá de las estampas que nos traían los misioneros cuando venían a catequesis.

Cuando se lo dije a don Martín, el cura, me dijo no sé qué de los caminos del señor y me quedé sin entender. Tampoco entendí su explicación cuando nos contó lo de San Pedro y eso de que antes de que cantara el gallo negaría tres veces a Jesús. ¡A ver! ¿Qué remedio le quedaba al pobre Pedro? Si se lo había dicho Jesús. Bueno, y peor aún lo de Judas. ¡Que a mí me daba una lástima! «Uno me traicionará» ¡Cualquiera le lleva la contraria, con eso de que es *«omnisabiente»* o algo así! ¡Vamos! ¡Que lo sabe todo! Lo visible y lo invisible.

Don Martín le dijo a mi padre que pregunto más de la cuenta, pero fue porque le molestó mucho que yo le dijera que él se equivocaba en misa cuando decía lo que Jesús dijo sobre la paz; y es que yo estaba segurísima, y vamos, que lo sigo estando, de que la letra dice: «Ni paz os dejo, ni paz os doy» y entonces se enfadó muchísimo; Pero yo digo, ¿cómo va a decir Jesucristo: «mi paz os dejo, mi paz os doy» si hay un montón de guerras? Que el otro día, sin ir más lejos, vi yo, en la tele de doña Marina, un reportaje de una en Vietnam, que no sé dónde está eso, pero me quedé con el nombre y sobre todo con las imágenes y esa noche tuve pesadillas.

Me gusta saber; por eso me gusta tanto estar con Victoria. Sabe de todo. Según mi madre sabe de más, porque cuando le pregunté a ella que cuándo tenía pensado decirme que iba a tener una cosa tan horrorosa como la regla, se sorprendió mucho y me dijo que cuando tuviese diez u once años, pero no con siete. «¡Vamos! ¡Digo yo que hay tiempo!». «¡Jolines con la hija del sargento!». «Sabe de más», dijo.

Claro, yo ya de lo otro sí que no me atreví ni a preguntar, prefería quedarme con la duda. Aunque ahora tenía explicación lo de la comadrona del pueblo, que siempre me habían dicho que era la

mujer de las cigüeñas. Yo no entendía dónde las metía. Su casa era muy chica y la única cigüeña que yo había visto era la que anidaba en lo alto del campanario. También, lo de las barrigas gordas por llevar al bebé tenía más lógica, que la explicación que me dieron de almacén de leche, después de haber visto cómo nacían los cachorros de una de las gatas de Angelita. ¡Jesús, qué de mentiras juntas!

Mi casa está justo en la carretera que va para Valencia y forma una de las cuatro esquinas. La casa de Angelita está dos calles más arriba, camino de la escuela. Es una casa de esas que llaman de labor, por eso se entra por el corral donde campean a sus anchas las gallinas y hay que tener cuidado de no pisar los excrementos. Me abre ella, todavía en pijama. Su madre no está, va al campo todas las mañanas en bici. Angelita no tiene padre, murió al poco de nacer ella, de algo del corazón. Y para colmo, como dice mi madre, el hermano, que es tres años mayor y podría ayudar a la mujer en las faenas del campo, con eso de romperse el fémur, pues no puede. Aunque ahora ya está muy bien. Le han quitado la escayola, se levanta de la silla y me demuestra que ya no necesita muletas y que pronto podrá ganarme corriendo.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le digo—. A correr no hay quien me gane. El que más se acerca es José Luis Galera. No hay día que no esté apostando conmigo porque tiene muy mal perder y no soporta que le gane trepando a los árboles, a la barra de la gasolinera y sobre todo en las carreras de la escuela. Siempre me está retando y al principio, yo le hago creer que me adelanta y cuando queda poco para la meta, tiro fuerte y lo dejo atrás, combado y con las manos en la barriga. ¡Mira que se lo hago! ¡Pues, nada, que no aprende!

Angelita tiene el pelo rubio y lacio y tiene los ojos del color de la miel. En la cara se le ve lo buena que es. Casi le saco una cabeza y es más gordita que yo, bueno, eso es fácil. Es muy lenta y tranquila. Siempre le gano a la comba, a la goma y a la rayuela, pero no se enfada nunca. Siente pasión por los gatos. Si su madre la dejara hasta dormiría con los siete que tiene y, como su madre no deja

ni que los entre a la casa, se tira las horas jugando con ellos en los corrales. Anota en una libreta azul sus fechas de nacimiento y a todos les pone nombre y apellidos y los identifica desde lejos. Su risa es contagiosa o, al menos, a mí me pasa que, si ella se ríe, yo no puedo dejar de reír. Por eso, don Martín, el cura, nos ha prohibido tajantemente que nos sentemos juntas en misa o en catequesis, porque dice que siempre montamos numeritos.

—¡Ah! ¡Casi se me olvida! Ha venido al pueblo una niña nueva, es la hija del sargento y se llama Victoria.